



LAS CLAVES DEL CÓDIGO DA VINCI

EDICIÓN ILUSTRADA

La estirpe secreta de Jesús y otros misterios



LORENZO FERNÁNDEZ BUENO y MARIANO FERNÁNDEZ URRESTI



LORENZO FERNÁNDEZ BUENO
MARIANO FERNÁNDEZ URRESTI

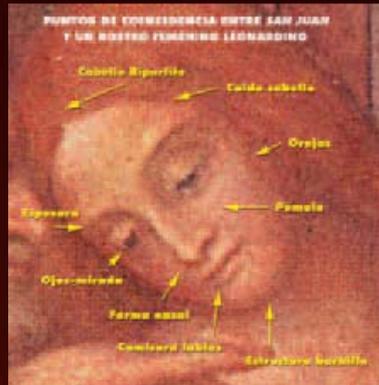
LAS CLAVES DEL CÓDIGO DA VINCI

EDICIÓN ILUSTRADA

INVESTIGACIÓN
ABIERTA
www.InvestigacionAbierta.com

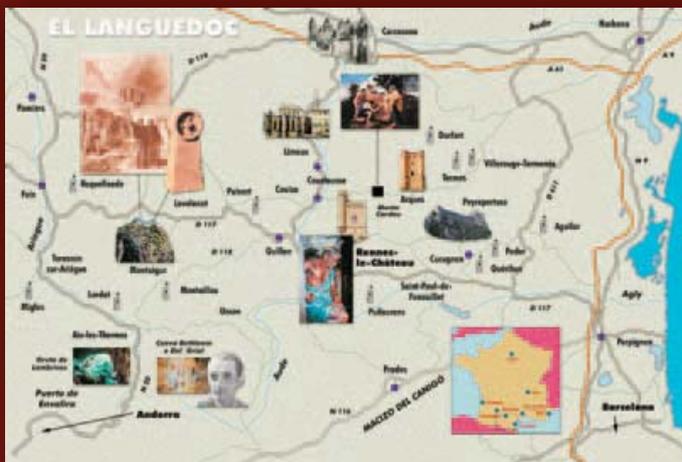
Visita la web y descarga
fragmentos gratuitos de los libros,
participa en los foros de debate
temáticos y mucho más.

En los últimos tiempos, la obra de Dan Brown, *El Código Da Vinci*, ha arrasado en las listas de ventas de medio mundo. Sin embargo, pocos conocen la historia real en la que se basa el citado autor, una trama clave para entender la historia oculta de los últimos milenios. Sociedades secretas, los descendientes de Jesús el Nazareno y María Magdalena, la dinastía divina de los merovingios, la Orden del Temple y su gran secreto, los conocimientos del inquietante Priorato de Sión, y el enigma de unos manuscritos con una documentación trascendental hallados a finales del siglo XIX en la localidad de Rennes-le-Château, son parte de los argumentos que se ofrecen en esta obra, una investigación histórica sin parangón que nos ha de llevar a diferentes países, y que nos ayudará a entender mejor las claves del código de Da Vinci.



Mariano Fernández Urresti es licenciado en Geografía e Historia, además de Técnico en Animación Cultural. Ha trabajado en la Cadena Ser, donde en la actualidad dirige y presenta el programa La Torre del Alquimista, y ha sido responsable durante más de diez años de una sección dominical en el periódico Alerta dedicada a Ufología y otros enigmas dentro del suplemento El Cantábrico. Es autor de los libros *Misterios para Compartir* (2001), *La Cara Oculta de Jesús* (2002), *Los Templarios y la Palabra Perdida* (2003) y *Un Viaje Mágico por el Camino de Santiago* (2004).

Lorenzo Fernández Bueno cursó estudios de Ciencias de la Información - Periodismo, en la Southern Mississippi University. Ha trabajado como reportero para Onda Madrid, Radio Voz, dirigido y presentado el espacio Enigmas en la Noche, en Radio Intercontinental. Fue miembro del equipo fundador de la revista ENIGMAS y es autor de varios libros.



CN: 0303004011

ISBN: 84-9763-093-9


nowtilus
www.nowtilus.com



LAS CLAVES DEL CÓDIGO DA VINCI

*LA ESTIRPE SECRETA DE JESÚS
Y OTROS MISTERIOS*



**MARIANO FERNÁNDEZ URRESTI
LORENZO FERNÁNDEZ BUENO**



www.investigacionabierta.com
www.nowtilus.com

Serie: **Nowtilus Frontera**
Colección: **Investigación Abierta**
www.nowtilus.com
www.investigacionabierta.com

Título de la obra: **Las claves del Código da Vinci**
Autor: © **Mariano Fernández Urresti y Lorenzo Fernández Bueno**

Editor: **Santos Rodríguez**
Director de la colección: **Fernando Jiménez del Oso**
Director editorial: **David E. Sentinella**
Responsable editorial: **Teresa Escarpenter**

Diseño y realización de cubiertas: **Carlos Peydró**
Diseño de interiores: **Juan Ignacio Cuesta Millán**
Maquetación: **Juan Ignacio Cuesta y Gloria Sánchez**
Producción: **Grupo ROS (www.rosmultimedia.com)**

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Editado por **Ediciones Nowtilus, S.L.**
www.nowtilus.com
Copyright de la presente edición:
2004 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3.º C, 28027-MADRID

ISBN: 84-9763-096-3
EAN: 978 849763096-2
Fecha: Mayo 2004

Printed in Spain
Imprime:
Depósito Legal:

ÍNDICE

Buscando claves	11
Cabeza fría... <i>FERNANDO JIMÉNEZ DEL OSO</i>	13
Unas pinceladas... <i>MARIANO FERNÁNDEZ URRESTI</i>	17
Que el pasado no interesa... <i>LORENZO FERNÁNDEZ BUENO</i>	19
Primer Acto	
EL REY	33
Segundo Acto	
SANGRE REAL	67
Tercer Acto	
GUARDIANES DEL GRIAL	99
Cuarto Acto	
BUSCADORES DE LA VERDAD	139
Quinto Acto	
GENEALOGÍAS SAGRADAS EN RÉNNES	163
Sexto Acto	
EL PRIORATO DE SIÓN	213
Bibliografía	231

BUSCANDO CLAVES...

HAN TRANSCURRIDO ALGO MÁS DE TRES MESES desde que esta obra saliera a la calle, noventa días en los que el interés del lector, sí, de usted mismo, ha ido en aumento.

Sin duda alguna la curiosidad es con creces el mayor aliado de la inteligencia, y en este caso, la curiosidad desmedida hacia esa historia “no oficial, olvidada y denostada hasta la saciedad ha marcado la tendencia literaria de los últimos tiempos. Y ello es de agradecer, especialmente a Dan Brown, que posiblemente sin pretenderlo ha creado toda una corriente de opinión que debate sobre estos enigmas históricos con absoluta pasión.

Las claves del Código Da Vinci ha sido una sorpresa para todos; editores, colaboradores, autores... El hecho de que a día de hoy sean más de 70.000 los ejemplares vendidos en 14 ediciones, y que esté presente en las listas de ventas de países como España, México, Perú, Colombia o Argentina, nos ofrece una idea del fenómeno que ha supuesto *El Código da Vinci*, y no sólo eso: ha quitado la razón a aquellos que opinaban que el éxito de Brown se cimentaba en el hecho de haber novelado parte de una trama oculta y sin parangón. Sin embargo, la historia real, como ya referíamos en la primera edición de esta obra, sí interesa, y mucho.

Por ello ve la luz esta edición especial de *Las Claves del Código Da Vinci*, con las nuevas informaciones que sobre este asunto han ido surgiendo en este tiempo. Además, puesto que más vale una imagen que mil pala-

bras, hemos incluido un encarte a color en páginas centrales, en el que gracias a la labor y buen hacer de José Manuel García Bautista y Guillermo León Cano, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que se ha llevado a cabo el análisis más exhaustivo de cuántos a día de hoy se han realizado sobre la polémica obra de Leonardo, “La Última Cena”, y de todo el contenido simbólico -y secreto- que posee. Gracias a los modernos programas informáticos utilizados por los Cuerpos de Seguridad del Estado —aplicados a esta investigación— se han obtenido resultados sorprendentes, y en cierto modo estremecedores, que confirman que Da Vinci sabía mucho, quizá demasiado, y parte de ese conocimiento oculto quedó reflejado en la citada obra, eso sí, para aquellos que supieran “ver”.

Nosotros en este caso nos hemos puesto las “gafas” para ofrecerles el estudio exclusivo con el que abrimos las páginas centrales. Pero hay más; los análisis de los manuscritos encontrados a finales del siglo XIX en Rennes-le-Château, con todo lo que encierran —mensajes ocultos, alusiones a sociedades secretas, genealogías sagradas...—, infografías explicativas efectuadas por el escritor y periodista Juan Ignacio Cuesta Millán, con los principales lugares que encierra esta trama, cómo llegar a ellos, el viaje del Grial, los Grandes Maestres del Priorato de Sion, los secretos de la Iglesia de la Magdalena... En definitiva un volumen documental riguroso e inédito.

Llegados a este punto, y dejando atrás los prolegómenos, únicamente nos queda desearles que disfruten de este trabajo; nosotros así lo hemos hecho. Y es que pese a quién pese, continuamos buscando...
Alea jacta est.

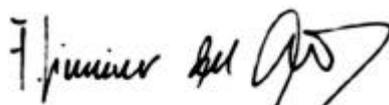
Gracias por su confianza.

Los autores
7 de septiembre de 2004

CABEZA FRÍA...

UNA DE LAS VECES QUE ESTUVE EN JERUSALÉN rodando un documental recorrí a fondo el complejo de pasadizos y cámaras que, bajo el suelo, rodean parte del muro de contención que sustentaba la plataforma de escombros y tierra sobre la que se levantaba el Templo. No tiene nada de extraordinario; cómo el lector sabe, el llamado Muro de las Lamentaciones es la parte visible del mismo al que me refiero y en uno de sus extremos está la entrada del que se conoce como “túnel de los asmoneos”, por el que se accede a esos subterráneos. Tampoco ignora el lector que los restos citados corresponden al Segundo Templo, al construido en tiempo de Herodes, ya que el primero, el que edificara Salomón, fue destruido en el 586 a. de C. por las tropas de Nabucodonosor. Si hago estas innecesarias aclaraciones es porque allá abajo, en una de las zonas excavadas, quedan al descubierto varios metros cuadrados del suelo, formado por losas de piedra, que hace dos mil años, rodeaba la plataforma del Templo y que, como tantos otros, pisó con toda seguridad Jesús. Fue en ese lugar, donde, pasando mi mano sobre las pulidas losas con la delectación propia de quienes amamos el pasado, tomé conciencia de que, al igual que el escenario real de la Pasión estaba sepultado doce o catorce metros por debajo de la Vía Dolorosa que hoy recorren con veneración los peregrinos, la verdadera historia del que fuera líder de la “secta de los nazarenos” se encuentra tapada por toneladas de prejuicios y piadosas falsedades, con la diferencia de que jamás será desenterrada.

El Jesús que conocemos es de los Evangelios, tan distante del auténtico como corresponde a un personaje idealizado, con una biografía ajustada a su papel de Mesías. De otro lado, los datos históricos son irrelevantes, porque, sin demérito de sus valores espirituales, para sus conciudadanos y para los historiadores, Jesús pasó prácticamente desapercibido, fue uno más de los muchos “agitadores sociales” en la convulsa Palestina del siglo I. Saber a estas alturas cómo era el Hijo del Hombre, cuáles sus dudas y aspiraciones, la relación que tuvo con sus amigos y parientes o si vivió durante un tiempo en pareja, resulta imposible. De no haberse dado las circunstancias sociales y políticas que hicieron prosperar al cristianismo, nadie hablaría hoy de Jesús, pero su figura y la religión creada en torno a ella son un referente fundamental para centenares de millones de personas en el mundo, y eso hace inevitable la especulación, más o menos cimentada, para cubrir los muchos huecos de su biografía. De esa forma, junto al Jesús evangélico, se ha desarrollado un Jesús legendario, aún más inaprensible por el carácter iniciático de los grupos que se consideran depositarios de “secretos” concernientes a su vida, obviamente desestabilizadores desde el punto de vista religioso convencional. Bucear sin riesgo de ahogarse en ese piélago de “verdades” crípticas es sumamente difícil; hace falta, como sostiene el dicho popular, conservar la cabeza fría y los pies calientes. A mi juicio, los autores lo han conseguido y desbrozan de entre tanta paja lo sustancial para que el lector sepa qué crédito dar a la posible descendencia de Jesús, a su “matrimonio”, a su secreto custodiado con celo por sociedades herméticas... y a otras cuestiones relacionadas con él que hoy están de plena actualidad.



F. JIMÉNEZ DEL OSO

“Si usted alguna vez ha considerado la posibilidad de que el Santo Grial buscado por los caballeros del Rey Arturo es realmente el vientre de la Magdalena, entonces El Código de Da Vinci es su libro”

CYNTHIA GRENIER
Weekly Standard
22 de septiembre de 2003

“El Código Da Vinci es inexacto hasta cuando baja al detalle (...) los fieles del Opus Dei no son monjes ni visten hábito”

FRANK WILSON
Philadelphia Inquirer
31 Agosto 2003

“Este libro es, sin duda, el más tonto, inexacto, poco informado, estereotipado, desarreglado y populachero ejemplo de pulp fiction que he leído”

PETER MILLAR
The Times
21 de junio de 2003

Unas pinceladas...

ESTIMADA LECTORA O LECTOR. Me dirijo a usted a través de esta epístola para compartir en voz alta y en su compañía dudas y vacilaciones. Enseguida descubrirá que nada cierto tengo entre los dedos y que, como aire, entre ellos se me escapa la figura de Jesús. No obstante, espero también que advierta sin que aquí tenga yo que esforzarme en probarlo, que todas estas cavilaciones nacen desde el respeto a la figura objeto de tanta atención. Del mismo modo que son producto de cierta indignación hacia el modelo único de pensamiento impuesto por otros a costa de este hombre singular que debió ser Jesús.

Los capítulos que le aguardan a la vuelta de la esquina tratan de rastrear, tomando como pretexto la millonaria novela de Dan Brown *El Código Da Vinci*, en qué pueden tener razón quienes dan pábulo a las historias del Santo Grial hecho sangre, producto de la supuesta descendencia de Jesús y María Magdalena. ¿Están todos locos de atar o se atisba por alguna parte una base sólida en esas propuestas?

Por supuesto, para que haya tal base habrá que leer de otro modo lo que de Jesús se cree saber. Para que haya tal base, primero habrá que entrar en contradicción con lo que la Iglesia ha presentado como artículos de fe. Para que haya tal base, habrá que ver si alguien nos ha dado gato por liebre durante la friolera de dos mil años...

MARIANO FERNÁNDEZ URRESTI

Que el pasado no interesa...

...es un tópico que con esta obra ha pasado a mejor vida. La existencia de Jesús –su faceta más humana–, no sólo conmueve; despierta tantas o más pasiones que su supuesta divinidad. No en vano, sólo hay que atender a lo que algunas publicaciones, especializadas unas, generalistas otras, han vertido sobre la polémica obra de Dan Brown; pocas alabando la valentía y la coherencia de los argumentos que éste presenta vestidos de novela de aventuras; los más criticando ferozmente un trabajo que ya se ha convertido, no sabemos si por méritos propios, o no, en una obra de obligada referencia a la hora de citar la “otra vida” que las crónicas apócrifas, sustentadas en contadas ocasiones por la presencia de valiosos documentos milenarios, ofrecen del nazareno, un ser que nació para sufrir los pecados de la humanidad, y cuya existencia pudo ser algo diferente a lo que narran las Sagradas Escrituras. Evidentemente son especulaciones, pero hay un principio periodístico que asegura que el rumor es la antesala de la noticia, y en este caso, hay demasiados rumores...

No obstante, antes de abordar algunas cuestiones de sumo interés, conviene no obviar lo que sobre *El Código da Vinci* se ha comentado. Ello ayudará a comprender un poco mejor los sentimientos encontrados que despierta...

El 12 de noviembre de 2003, la página *web e-cristians.com*, ofrecía a sus lectores el contundente titular “La realidad histórica que deforma *El Código da Vinci*”, mostrando su profundo malestar al respecto: “*El*

Código Da Vinci es una novela de ficción anticatólica que está resultando ser un éxito de ventas en todo el mundo. Con más de 30 millones de ejemplares vendidos, traducida a 30 idiomas y con los derechos para la película en manos de *Columbia Pictures* y el director Ron Howard –con Russell Crowe de protagonista– se trata ya de un acontecimiento propio de la cultura de masas (...) Y el mensaje que transmite la novela es básicamente el siguiente:

1. Jesús no es Dios: ningún cristiano pensaba que Jesús es Dios hasta que el emperador Constantino lo deificó en el concilio de Nicea del 325.
2. Jesús tuvo como compañera sexual a María Magdalena; sus hijos, portadores de su sangre, son el Santo Grial –sangre de rey/sang real/Santo Grial–, fundadores de la dinastía Merovingia en Francia –y antepasados de la protagonista de la novela–.
3. Jesús y María Magdalena representaban la dualidad masculina-femenina –como Marte y Atenea, Isis y Osiris–; los primeros seguidores de Jesús adoraban “el sagrado femenino”; esta adoración a lo femenino está oculta en las catedrales construidas por los Templarios, en la secreta Orden del Priorato de Sión –a la que pertenecía Leonardo Da Vinci– y en mil códigos culturales secretos más.
4. La malvada Iglesia Católica inventada por Constantino en el 325 persiguió a los tolerantes y pacíficos adoradores de lo femenino, matando millones de brujas en la Edad Media y el Renacimiento, destruyendo todos los evangelios gnósticos que no les gustaban y dejando sólo los cuatro evangelios que les convenían bien retocados. En la novela el maquiavélico Opus Dei trata de impedir que los héroes saquen a la luz el secreto: que el Grial son los hijos de Jesús y la Magdalena y que el primer dios de los ‘cristianos’ gnósticos era femenino.

Todo esto se intenta vender como erudición, investigación histórica y trabajo serio de documentación.

En una nota al principio del libro, el autor, Dan Brown, declara: *'todas las descripciones de arte, arquitectura, documentos y rituales secretos en esta novela son fidedignas'*. Como veremos, esto es falso: los errores, las invenciones, las tergiversaciones y los simples bulos abundan por toda la novela.

La pretensión de erudición cae al suelo al revisar la bibliografía que ha usado: los libros serios de historia o arte escasean en la biblioteca de Brown, y brillan en cambio las paraciencias, esoterismos y pseudohistorias conspirativas.

Dan Brown, en su propia página *web*, dice bien claro que no ha escrito sólo una novela llena de despropósitos para divertir: *'Como he comentado antes, el secreto que revelo se ha susurrado durante siglos. No es mío'*.

El resultado es que las ventas de libros pseudohistóricos sobre la Iglesia, los evangelios gnósticos, la mujer en el cristianismo, las diosas paganas, etc... se han disparado: la *web* de libros *Amazon.com* es la primera beneficiada, enlazando *El Código Da Vinci* con libros de pseudohistoria neopagana, feminista radical y *new age*. La ficción es la mejor forma de educar a las masas, y disfrazada de ciencia –historia del arte y de las religiones en este caso– engaña mejor a los lectores.

Como afirma el dicho: *'calumnia, que algo queda, y si calumnias con datos que suenen a científico –aunque sean inventados– queda más'*.

¿Inventó Constantino el cristianismo?

TODA LA BASE 'HISTÓRICA' DE BROWN descansa sobre una fecha: el concilio de Nicea del año 325. Según sus tesis, antes de esta fecha, el cristianismo era un movimiento muy abierto, que aceptaba *'lo divino femenino'*, que no veía a Jesús como Dios, que escribía muchos evangelios. En este año, de repente, el emperador Constantino, un adorador del

culto –masculino– al Sol Invicto se apoderó del cristianismo, desterró a ‘la diosa’, convirtió al profeta Jesús en un héroe-dios solar y montó una redada a la manera *stalinista* para hacer desaparecer los evangelios que no le gustaban.

Para cualquier lector con algo de cultura histórica esta hipótesis resulta absurda por al menos dos razones:

1. Tenemos textos que demuestran que el cristianismo antes del 325 no era como dice la novela y que los textos gnósticos eran tan ajenos a los cristianos como lo son actualmente las publicaciones *new age*: parasitarios y externos.
2. Incluso si Constantino hubiese querido cambiar así la fe, ¿cómo habría podido hacerlo en un concilio sin que se diesen cuenta no sólo miles de cristianos sino centenares de obispos.

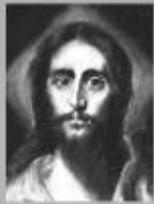
Muchos de los obispos de Nicea eran veteranos supervivientes de las persecuciones de Diocleciano, y llevaban sobre su cuerpo las marcas de



la prisión, la tortura o los trabajos forzados por mantener su fe. ¿Iban a dejar que un emperador cambiase su fe? ¿Acaso no era esa la causa de las persecuciones desde Nerón: la resistencia cristiana a ser asimilados como un culto más? De hecho, si el cristianismo antes del 325 hubiese sido tal como lo describen los personajes de Brown y muchos neognósticos actuales

nunca habría padecido persecución ya que habría encajado perfectamente con tantas otras opciones paganas. El cristianismo fue siempre perseguido por no aceptar las imposiciones religiosas del poder políti-

ACTO I



Rey Jesús

“...hijo de David, hijo de Abraham...”

(Mt 1,1)

LA ÚLTIMA VEZ QUE SE LE VIO no tenía precisamente buen aspecto. Le habían clavado sobre una cruz y terribles heridas supuraban por su espalda como consecuencia de una salvaje sesión de latigazos; las manos estaban perforadas en puntos estratégicamente elegidos para evitar el desgarramiento de los tendones de la zona, y aquellos clavos debían causar descargas insoportables sobre su estructura nerviosa; la pelvis rozaba sobre el rugoso tronco vertical lacerando el perineo; los huesos de los pies se habían quebrado como cristales después del brutal aguijón de las puntas que les sujetaban al leño oscuro y sus pulmones, que nada sabían de divinidades, se esforzaban por ser humanos captando todo el aire que podían, aunque era obvio lo magro de su captura; estaba, además, deshidratado, sin haber ingerido alimento alguno desde hacía más de cincuenta horas y en nada recordaba al que fue. A todo esto, ¿quién fue?

Y podríamos imaginar, como si hubiéramos sido una de aquellas figuras que miraban hacia lo alto actuando de testigos mudos, la caída de una gota de sangre espesa resbalando por su cuerpo. La gota de sangre –¡plof!– se precipitó a tierra, ahuecada como un cáliz para la ocasión. Y aquella gota de sangre fue semilla imperecedera...

¿Qué creemos saber?

“MUCHAS OTRAS COSAS HIZO JESÚS, que, si se escribiesen una por una, creo que este mundo no podría contener los libros”. Así finalizó Juan su Evangelio. Pero más le valía –a él y a todos los otros cronistas– haber sido más prolijos en detalles, porque de ese modo el encabezamiento de este apartado no sería el mismo, sino: “¿Qué sabemos?”. Resulta que los datos son tan vagos –ya se verá– y los reporteros tan pésimos, que otros muchos autores han tratado de reconstruir la vida de aquel hombre que llamaron Jesús de Nazaret. Y para ello se han escrito ensayos y también novelas. Algunas de esas obras parecen descender por un tobogán hacia el desvarío. ¿Es el caso de *El código Da Vinci*, la novela de Dan Brown?

¿O tal vez atina tanto que es por ello que millones de personas se han sentido fascinadas con su lectura –tal y como le ocurriera a Juan José Benítez con su *Caballo de Troya*–, como si todos necesitasen una versión más auténtica de aquellos hechos? Pero, ¿de qué hechos hablamos?

Lo que sabemos de Jesús es lo que ha quedado en cuatro pequeños libros escritos por gente que firmó bajo los nombres de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Esos libros, conocidos popularmente como Evangelios –palabra que designaba en su momento sólo a quien portaba una noticia, ya fuera ésta buena o mala–, terminaron siendo los únicos admitidos por la Iglesia, como enseguida se verá, y pasaron a tener rango de transmisores de una buena noticia: la “Buena Nueva”. ¿En qué consistía? Básicamente en que Dios había enviado a la Tierra a su Hijo para predicar un determinado mensaje y después Éste se había dejado matar para redimir nuestros pecados. Y eso porque en el modelo cultural judío se había decidido en su día que el hombre estaba en pecado desde los más roñosos tiempos, cuando Eva comió el grave error de echar mano al fruto prohibido en el Edén. Sin embargo, ¿cómo podemos estar tan seguros de que la versión que esos cronistas ofrecen es la



Adán y Eva, causantes de la “pecaminosa” humanidad.

ACTO II



Sangre Real

***“En verdad os digo: donde quiera que se predique el Evangelio,
en todo el mundo se hablará de lo que ésta ha hecho,
para memoria de ella”***

(MATEO, 14, 9)

María Magdalena

EXISTEN TEXTOS DE LOS PRIMEROS MOMENTOS del cristianismo, a los que más tarde regresaremos, en los que se afirma que María Magdalena era “la mujer que conocía Todo”, además de ser aquella a la que Jesús “amaba más que a sus discípulos”. ¿Podemos creer esas afirmaciones? Y, de ser ciertas, ¿cuál fue la razón por la cual la Iglesia emprendió una campaña de difamación contra esta mujer? ¿Fue una pecadora? ¿Una prostituta? ¿O solamente fue una mujer extraordinariamente importante y, por eso mismo, muy incómoda para el masculino liderazgo de la nueva Iglesia?

La dirección de las cúpulas eclesiásticas decidieron que las mujeres no se le podían subir a las barbas, con lo que determinaron que no pintarían nada en el nuevo culto. Se concedió únicamente cierta relevancia a María, la madre de Jesús, pero para colocarla en un lugar inaccesible para el resto de las mujeres, pues ya se nos contará cómo le sería posible a cualquier otra tener un hijo siendo virgen, con lo poco que se prodiga por el mundo el Espíritu Santo fecundando a nadie. De modo que las mujeres, tal y como había sucedido desde que Eva anduvo paseando en cueros por el Edén, eran impuras. Los hombres, por supuesto, no. Y por lo tanto, la dirección de la parroquia cristiana se garantizaba una impecable sucesión masculina en el liderazgo.

Podemos interrogarnos en voz alta sobre cuáles pudieron ser las motivaciones, que rayan con lo enfermizo, que pudo tener la Iglesia para situar en esa posición tan humillante a María Magdalena y a la mujer en general. Y eso vamos a intentar responder en las próximas líneas de la mano de diferentes investigadores, además de servirnos de la ayuda de nuestras propias ideas al respecto. Mas, antes de dar un paso adelante, tal vez sea conveniente interrogarse sobre quién fue realmente María Magdalena.

Lo primero que debe sorprendernos es el hecho de que, al margen de la madre de Jesús, Magdalena es la única mujer que se cita por su nombre –eso sí, de forma escasa– en los Evangelios canónicos sin que

se deba a que es esposa o hermana de algún hombre. Es decir, que se la menciona por ser ella misma, lo que la concede un aire de independencia ciertamente desafiante para los hombres. En segundo lugar, podríamos añadir que fue notario de excepción de los más grandes y enigmáticos momentos de la difusa biografía de Jesús: su unción, su crucifixión y su resurrección. E incluso podríamos decir que fue la primera “apóstol” pues es a ella a quien Jesús confía la divulgación de su propia resurrección, entre otras cosas porque los hombres estaban escondidos y habían perdido la escasa fe que demostraron tener. Salvo que Magdalena, y otros que no eran los apóstoles, supieran cosas que los llamados discípulos de Jesús no sabían porque simplemente no estaban entre el círculo esotérico del rabí.

Era la de Jesús una época en la que las mujeres eran ciudadanos de segunda división. El hombre ostentaba los cargos políticos y religiosos, de modo que no debe extrañar la animadversión que pudo causar entre los apóstoles que Jesús incorporara a su séquito a mujeres y que una de ellas, “*a la que besaba en la boca*”, según los textos gnósticos, cobrara tamaño protagonismo.

Al margen de la consabida alusión a la prostitución con la que la Iglesia trató de estigmatizar a Magdalena, poco más se sabe sobre ella. Y, por cierto, esa acusación carece de base alguna. Lucas (7, 36 y ss) escribe sobre la presencia de “*una mujer pecadora*”, que unge y lava los pies del Maestro, lo que provoca una cerrada protesta por parte de los hombres que asisten a la escena. Pero Jesús, en lugar de seguirles la corriente, asombra al respetable asegurando a la mujer que sus pecados le son perdonados. ¿Era esa mujer pecadora María Magdalena? El evangelista no lo asegura, por tanto, ¿de dónde se saca la Iglesia semejante idea?

Nos volvemos a encontrar con María Magdalena en las cuartillas del mismo evangelista un capítulo más tarde (Lc 8,2). Allí Lucas da cuenta de que a Jesús le acompañaban “*algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y de enfermedades*”. Y adjudica a Magdalena la curación

ACTO III



Guardianes del Grial

“Y le dije: ‘no pasarás de aquí...”

(JOB 38, 11)

El Santo Grial

PARA COMPRENDER LAS CLAVES DE LA NOVELA DE DAN BROWN, la versión griálica a retener es la siguiente, tal y como la expresan Beigent, Leigh y Lincoln: “*el Santo Grial sería cuando menos dos cosas a la vez*”. Por un lado estaría la Sangre Real, la descendencia de Jesús y María Magdalena; es decir, la *Sang Real*. Por otra parte, sería el receptáculo donde fue a parar la sangre de Jesús, entendiendo por tal el propio vientre de María Magdalena. Es decir, que el cáliz sería su propio cuerpo. Un recipiente que, ya lo verán cuando en páginas futuras se hable de Leonardo da Vinci, se expresaría bajo la forma de “V”. Curiosamente la letra por la que comienza el nombre de la diosa femenina por antonomasia: Venus.

Pero también, para completar la versión en la que el novelista se apoya, pudiera haber otra acepción más para el Grial. Y sería éste, según los autores de *El legado mesiánico*: “*El Mesías tenía que ser un rey-sacerdote cuya autoridad abarcaría por igual los dominios espirituales y los seculares. Así pues, es verosímil, incluso probable, que en el templo se guardasen anales oficiales pertenecientes al linaje real de Israel, los equivalentes a los certificados de nacimiento, las licencias matrimoniales y otros datos pertinentes relativos a cualquier familia real o aristocrática moderna. Si Jesús era en verdad el ‘rey de los judíos’, es casi seguro que el templo contendría copiosa información sobre él*”.

El protagonista masculino de la novela, Robert Langdon, dirá a Sophie en un momento de la historia que “*durante mil años han circulado leyendas sobre este secreto. Toda la serie de documentos, su poder y el secreto que revelan han pasado a conocerse con un único nombre: el Sangreal*”.

De este modo, la búsqueda de esos supuestos documentos y su posterior localización se convierten a su vez en la demanda del Grial. ¿A eso fueron siglos después a Jerusalén los caballeros templarios?

No nos apresuremos y añadamos antes que nada que esta versión del Grial es la que ofrecemos al lector como explicación para comprender los entresijos de las obras que como *El Código Da Vinci* proponen esta opción. No es necesariamente ésa nuestra interpretación personal del

Grial ni tampoco la causa de la búsqueda templaria, pues ya en otros trabajos nuestros hemos propuesto más alternativas. No obstante regresemos a lo que ahora nos ocupa y rastreemos la pista de la *Sangre Real*.

La dinastía maldita

DE DAR CRÉDITO A LA HIPÓTESIS que estamos resumiendo en estas páginas, María Magdalena llega a Francia embarazada. De Jesús no se vuelve a saber nada con certeza, a pesar de que tenemos opiniones que le sitúan en Cachemira, como ya dijimos, o en Egipto; si bien otros crearán poder rastrear su paso también por Francia, ya sea vivo o muerto. Es más, Richard Andrews y Paul Schellenberger creen haber localizado su tumba en el monte Cardou, en las inmediaciones del “pueblo maldito” de Rennes-le-Château.

Dejemos a Jesús de lado y centrémonos en la línea genealógica que, a decir de todos estos investigadores, se inició con su retoño y que, por extensión, sería heredera de la dinastía davídica si, tal y como los Evangelios refieren, Jesús descendía del mítico rey David.

Entonces, y nuevamente apelando a la posibilidad de que tales hechos desconcertantes tuvieran lugar y nosotros fuéramos capaces de pensar la historia como si ésta fuese uva, el resultado podría ser el que sigue.

Las interpretaciones sobre la cuestión sostienen que la familia de Jesús, al igual que otras muchas judías, se estableció en el sureste francés y gozó de cierto prestigio en la región. El paso del tiempo traería sorpresas desagradables para la Iglesia, y todo ocurrió muy lejos de aquí.

Un pueblo de origen germánico llamado sicambro, al que para entendernos debemos situar en el amplio conglomerado que recibe el apelativo de *francos*, se asentó en regiones de la actual Alemania y Francia después de las corrientes migratorias a que dio lugar el empuje godo y la falta de musculatura del Imperio Romano en sus estertores. De ese pueblo sicambro, se supone, nace la dinastía merovingia. Estamos a finales del siglo V y nos moveremos también en el siglo VI.

Casi paralelamente, casualmente, se desarrollará la epopeya del rey Arturo en Britania, donde quedó dicho que llegó en su día José de Arimatea con su mítico fardo griálico.

El nombre de merovingios le viene a este pueblo, que se fue haciendo con el poder en Francia de un modo paulatino, de un antepasado mítico que, naturalmente, se llamaba Meroveo. Y a él, como no podía ser de otro modo, se le atribuyen orígenes espectaculares, pues no es para menos el que se diga de un tipo que tuvo dos padres y uno de ellos era un monstruo marino. Y es que su madre, que estaba preñada por obra y gracia del rey Clodión, tuvo la feliz idea de ir a bañarse un día al mar y un monstruo de origen difuso pero de naturaleza no muy alejada a la humana por lo que se ve, la viola. Así, contará la leyenda, Meroveo tiene sangre real y sangre divina, pues se resolvió que el violador era un pariente de Neptuno. Y eso de que la sangre real llegue a través del mar tiene un “no sé qué” de popular ya en esta historia.

A la luz de tal parto, a nadie podrá extrañar que se atribuyan leyendas fantásticas a los primeros reyes merovingios. Se dirá de ellos que eran medio reyes y medio sacerdotes; chamanes capaces de obrar prodigios y que, según Leigh, Baigent y Lincoln, *“llevaban una mancha de nacimiento que los distinguía de todos los demás hombres (...) y atestiguaba su sangre divina sobre el corazón –curioso anticipo del blasón de los templarios– o entre los omóplatos”*.

Entre sus muchas rarezas estaba la convicción de que su fuerza, como la de Sansón, residía en sus cabellos, de modo que no eran amigos de peluqueros y se les terminó llamando “reyes melenudos”. Como se verá, no es ésta la única costumbre semita que tuvieron. Además de ser algo así como faraones, pues en sus manos residía lo político y lo religioso, se tenían por la encarnación de Dios. Eran, decían, de origen divino. Pero, ¿de dónde eran en realidad?

Se ha pretendido presentarles como de oriundez troyana –lo que explicaría que en el norte de Francia encontremos nombres que nos sitúan en la guerra de Troya, caso de Troyes o París–; otros han dicho

ACTO IV



Buscadores de la verdad

“La religión está en el corazón, no en las rodillas..”

D. JERROLD

NO OBSTANTE, ANTES DE AFRONTAR LA ESCARPADA SUBIDA que conduce a la pequeña localidad de Rénnes, y que en cierto modo nos sumerge en una maraña de calles en las que la piedra reina con soltura, y el olor a leña quemada recorre todos y cada uno de sus rincones, es preceptivo detenernos, aunque sólo sea por unas líneas –ésas que componen este capítulo–, en las postrimerías de un siglo XIV que está a punto de cerrarse, y que observa impávido cómo un genio de las artes y las ciencias, un ser excepcional en toda su expresión, está llevando a cabo una de las creaciones pictóricas más bellas de la historia del hombre... y a la vez más cargada de simbolismo. El nombre del artista es Leonardo da Vinci, un curioso impenitente que sabe muy bien qué tiene entre manos.

Leonardo nació en Vinci, cerca de Florencia, en 1452, hijo ilegítimo del notario Ser Piero y de una humilde campesina toscana. Huelga decir que ha sido una de las mentes más prodigiosas que ha conocido la humanidad, en una etapa de la historia en la que el renacimiento de las artes y las ciencias impulsó el desarrollo intelectual de un hombre único y diferente.

Autodidacta en el sentido más amplio de la palabra, fue educado por su padre, pero su talento natural no tardó en despertar, creando maravillosas obras que en mucho se adelantaron a su tiempo. A la edad de 16 años entró a formar parte del taller de Andrea del Verocchio, donde comenzaría de forma descarada a apuntar maneras inusuales. Y es que Da Vinci fue un dotado, pues jamás nadie acumuló tamaño saber enciclopédico que abarcaba las más variadas y dispares disciplinas.

Como no podía ser de otro modo, su interés por el esoterismo y las ciencias herméticas fue más allá de lo imaginado; en definitiva también era conocimiento, quizás más arcano y trascendental que cualquier otro. Es por ello que en muchas de sus obras la carga simbólica es tan enorme, que pocas dudas quedan a la hora de afirmar que Da Vinci manejaba informaciones privilegiadas, en su momento al alcance de muy pocos... y por las que muchos eruditos fueron quemados en la hoguera.

De este modo, cuando el año del descubrimiento de América iniciaba su declive, fue requerido al servicio del duque de Milán Ludovico Sforza. Habría de ser en esta época cuando el ya maduro Leonardo entró en contacto con todo tipo de gentes, algunos de los cuales pertenecían a antiguas sociedades de las que hoy se denominarían herméticas, o “secretas”. Fue su momento más dulce; con una creatividad sin límites alcanzó el culmen de su técnica, dejando obras artísticas y arquitectónicas que aún hoy son la admiración de todo el mundo.



“La Última Cena”. ¿Quién está sentado/a al lado del Maestro?

Así pues, en el año 1495 Ludovico “el moro”, que así era conocido el noble milanés, encargó al maestro llevar a cabo la que sería su obra más universal: “La Última Cena”. La ubicación final de esta magistral representación, pintada al fresco, sería el refectorio del monasterio de Santa María Delle Grazie, que el citado señor quería convertir en la

ACTO V



Genealogías sagradas en Rennes

*“Museo del Louvre, París. 10.46 P. M.
Jacques Saunière, el renombrado conservador, avanzaba
tambaleándose bajo la bóveda de la Gran Galería del Museo.
Arremetió contra la primera pintura que vio, un Caravaggio.
Agarrando el marco dorado, aquel hombre de setenta y seis años
tiró de la obra hasta que la arrancó de la pared y se desplomó,
cayendo boca arriba con el lienzo encima”*

DAN BROWN, *El Código da Vinci*

DE ESTA MANERA DA COMIENZO *EL CÓDIGO DA VINCI*; con el terrible asesinato del conservador del Louvre, Jacques Saunière. Mucho tienen que ver los cuadros que se hallan custodiados en este templo de la cultura en la resolución final de la polémica historia. No obstante, a fin de no destripar al lector no versado la citada obra, le diremos que ya desde el principio, el autor recurre a sucesos reales para caracterizar personajes, y para dar consistencia al volumen final. Y es que el tal Saunière existió, pero no era conservador del citado museo; se trataba de un sacerdote que a finales del siglo XIX halló unos misteriosos manuscritos en el interior de dos pilares visigóticos, situados bajo el altar mayor de su iglesia, consagrada ni más ni menos que a María Magdalena. El contenido de los mismos podía ser trascendental –y trascendente–, en base a los hechos que se habrían de desencadenar posteriormente. Y es que Saunière –el cura– también viajó a París, y estuvo en el Louvre con el conservador del mismo, e incluso adquirió tres ediciones en facsímil de sendos cuadros... que podrían contener algún mensaje encriptado.

Además, al igual que en nuestra narración hay unos extraños manuscritos de los que posteriormente hablaremos, en el texto de Brown, *“Según la tradición, la hermandad había creado un mapa de piedra –un clef de voûte o clave de bóveda–, una tablilla en la que estaba grabado el lugar donde reposaba el mayor secreto de la Orden... una información tan trascendental que su custodia justificaba por sí misma la existencia de aquella organización (...) Los cuatro le habían contado a Silas exactamente lo mismo, que la piedra estaba ingeniosamente oculta en un lugar concreto de una de las antiguas iglesias parisinas: la de Saint-Sulpice”*, la misma en la que nuestro prelado estudiara de joven, y donde acudió con los misteriosos manuscritos años más tarde, entrando en contacto con su prior, el padre Bieil, y con su sobrino, Emile Hoffet, miembro de algunas sociedades herméticas del París del momento... Un solo apunte: en dichos manuscritos, tras ser “desencriptados”, una de las palabras que más se repetían era “Sion”.

Extrañas genealogías sagradas, ataques de la Iglesia, obras de arte cargadas de simbolismo, tumbas en las que yacen los cuerpos de ilus-

tres personajes, y una extraña sociedad llamada Priorato de Sion, son parte de una historia que seguro les suena. Pero no, no se trata del célebre *Código*; es la realidad pura y dura, protagonizada por el abad François Bérenger Saunière. Esa misma que en ocasiones, con creces supera a la ficción. Así ocurrió todo...



**El padre Bérenger,
artífice y protagonista
de una historia sin
igual...**

Un humilde cura rural

LA ESTAMPA QUE SE ABRE A OJOS DEL VIAJERO que se acerca a estos lares es majestuosa. Elevado allá en lo alto, casi rasgando el blanco velo de las nubes, se halla Rennes-le-Château, situada al antojo de la rosa de los vientos y mirando descarada las moles de piedra que se yerguen no muy lejos. Es una aldea prepirenaíca, extrema de

estaciones y de historia, que es mucha la que riega sus campos, teñida de lágrimas y sangre.

A pocos kilómetros de aquí, junto a este bastión que muchas glorias tuvo en el pasado, nació nuestro protagonista, el 11 de abril de 1852. Natural de Montazels, el joven Saunière pronto supo que la vasta extensión de terreno que culminaba en la alta montaña había visto pasar poderosos ejércitos, gentes llegadas de lejos que sembraron de tesoros los rincones de esta tierra, dejando a su paso fortalezas vestidas de ruina, leyendas con algún viso de verdad, supersticiones a mansalva y parte de una historia herética que se resistía a desaparecer. La vocación sacerdotal le vino desde niño; él mismo afirmaba que nació con la conciencia de dios en su interior. Ello le facilitó un rápido y certero acceso a la cultura, a los libros que contenían los secretos de la tradición hermética, y pronto, supo que su vida estaba orientada hacia una búsqueda claramente determinada...

Siendo el mayor de siete hermanos, hubo de hacerse cargo de las necesidades de una familia modesta que ganaba para comer, y poco más. A los 20 años ingresó por fin en el seminario, culminando un sueño que venía arrastrando toda su corta existencia: abrazar la fe en Cristo, ¿y en “su Iglesia”? Eso era harina de otro costal...

Finalmente fue ordenado, en el año 1879, en el monasterio parisino de Saint-Sulpice, donde entablaría una profunda amistad con el padre Bieil, a la sazón uno de sus mentores, y conecedor de las aspiraciones de Saunière. No en vano el sacerdote pronto vio que el carisma y la curiosidad desmedida de su pupilo le podían hacer llegar muy lejos, alcanzando las cúpulas eclesiásticas con suma celeridad. No obstante, esa escalada se vio mermada por un carácter recio y sin tapujos. Después de pasar por la vicaría de Alet, de ejercer su ministerio en la pequeña alquería de Le Clat, y de permanecer tres años en el seminario de Narbona, donde dio clases a los futuros sacerdotes, en 1885 fue “desterrado” a la pequeña aldea de Réennes. Y es que no se puede denominar de otra manera; al menos cualquier otro lo hubiera tomado así,

pero no Saunière, que por fin veía cómo sus planes iban cobrando forma...

Arribó a un pueblo al que se ascendía por un tortuoso carril, y en el que apenas quedaban cien almas; almas que por cierto no tenían templo en el que guarecerse, ni tan siquiera de la lluvia, pues el edificio consagrado a la Magdalena estaba que se caía a pedazos. Ello no fue óbice para que aquel “iniciado” llegara con un fardo cargado de ilusiones, y vacío de dineros.



Entrada a la misteriosa población, un lugar que se ha convertido en templo de heterodoxos. Y es que motivos no faltan para ello...

El histórico enclave había sucumbido inmisericorde al paso de los siglos. De aquella imponente ciudad que coronara el condado de Razés, en la que más de treinta mil personas convivían en paz, al menos cuando unos y otros les dejaban tranquilos, ya no quedaba nada. Aereda, pues tal era su nombre, había pasado a mejor vida, especialmente después de que la aragonesa casa de Trastamara decidiera realizar una sangrienta visita a aquellas tierras. Transcurría la segunda mitad del siglo XIV, y el declive daba comienzo. En aquellas piedras quedaban marca-

ACTO VI



El Priorato de Sion

*“La sociedad a la que pertenezco es extremadamente antigua.
Yo sólo soy un punto más de una enorme recta...
me limito a suceder a otros”*

PIERRE DE PLANTARD, GRAN MAESTRE DEL PRIORATO DE SION

SEA COMO FUERE, LO CIERTO ES QUE EL TÉRMINO “SION” se repetía una y otra vez en los manuscritos hallados en Rennes-le-Château, y en definitiva en la existencia del padre Saunière.

No en vano, si nos atenemos a las diversas líneas de investigación que ha generado esta historia, habría un desencadenante más siniestro en la muerte de nuestro protagonista que una fortuita enfermedad. Y es que llama poderosamente la atención que una persona que se encuentra en perfecto estado de salud, física y mentalmente, fallezca poco después de manera fulminante; y lo más asombroso, que su féretro estuviera reservado desde más de una semana antes, cuando nada presagiaba el final del abad.



Los estatutos de la Orden, el primer paso para iniciar las investigaciones.

Es en este momento cuando aparece en escena la figura del padre Henri Boudet, amigo personal de Saunière, mentor en cierto modo y cura del cercano pueblo de Rennes-les-Bains. No en vano éste habría subvencionado las faraónicas obras del primero; desde la reparación de la iglesia, la torre Magdala, “Villa Béthanie...”. Se supone que en menos de dos décadas, el citado mecenas aportó a las rentas de Bérenger, la nada despreciable cantidad de quince millones de francos. Si bien es cierto que este personaje era extraño en todos sus aspectos, hijo de familia humilde pero inteligente en extremo, la amistad que parece ser tejió con nuestro protagonista

fue robusta y duradera. No en vano ciertos documentos aseguran que incluso Marie Denarnaud ejerció las veces de “infiltrada” en la vida de Saunière, hasta tal punto que las enormes cantidades dinerarias siempre pasaban por ésta, antes de acabar en manos del prelado. Pero no queda aquí; en toda esta trama tam-

bién sería un asalariado más del incógnito Boudet el propio obispo de Carcasona, el mismo que subvencionó el viaje del sacerdote a Francia, con los polémicos manuscritos a cuestas. De ser así, ¿para quién trabajaba este hombre? ¿De dónde procedían tan descomunales rentas?

En 1956 empezaron a circular en Francia, entre determinados sectores, una serie de documentos en los que se relataban, entre otras cosas, estas posibilidades... Venían firmados por una misteriosa orden que se hacía llamar Priorato de Sion...

Ese año fue, en cierto modo, revelador para detractores y defensores a ultranza de esta extraña sociedad secreta. Las primeras informaciones salieron a la luz en forma de documentos oficiosos, esto es, no contrastables en demasía. Sin embargo en los mismos se hacía alusión a los estatutos del colectivo, e incluso se citaba los nombres de algunos de sus Grandes Maestros, entre los que se encontraban personalidades de la talla de Víctor Hugo, Isaac Newton, Claude Debussy, y hasta el mismísimo Leonardo da Vinci. Evidentemente tales afirmaciones se divulgaron con la rapidez de la pólvora, especialmente por los fines que movían a tan enigmático colectivo: instaurar en el trono francés a su legítimo representante, que no era otro que el descendiente del linaje merovingio. ¿Por qué tanto interés? Es sencillo. Según los miembros de dicha orden, tras la muerte de Dagoberto II y toda la familia real a manos del traidor Pipino de Heristal—fundador de la dinastía carolingia—, uno de sus hijos sobrevivió milagrosamente, continuando la saga merovingia. La importancia de este personaje, al



Cartas con la firma de Plantard.

Según los miembros de dicha orden, tras la muerte de Dagoberto II y toda la familia real a manos del traidor Pipino de Heristal—fundador de la dinastía carolingia—, uno de sus hijos sobrevivió milagrosamente, continuando la saga merovingia. La importancia de este personaje, al

que los historiadores llaman Sigisberto IV, radicaba en su sangre, pues no en vano era descendiente de los primeros reyes de Tierra Santa. ¿Qué significa ésto? Según los documentos secretos del Priorato, tras la muerte de Jesús en la cruz, su esposa María Magdalena partió de Palestina en compañía de su prole, y protegida por José de Arimatea, al que los evangelios gnósticos atribuyen el honor de “transportar” el Santo Grial, en este caso representado en la *Sangre Real* de aquel grupo de proscritos. Pues bien, los miembros de la estirpe del Grial arribarían tiempo después a las costas francesas, donde los descendientes del linaje judío se unirían a los príncipes francos. De este modo nacía la dinastía merovingia, herederos directos –siempre según esta misteriosa orden– del mismísimo rey David, y por ende, del Nazareno. Así pues se desencadenaba una lucha intestina entre los defensores de la fe, guiados por

los dogmas de Pedro, y los seguidores de la sangre, cuya cabeza visible era María Magdalena, y el resultado se tradujo en el exterminio de Dagoberto II y familia. No obstante, como ya hemos comentado, uno de sus hijos permaneció con vida, y el linaje se perpetuó, hasta que uno de sus miembros, el Duque de Lorena Godofredo de Bouillon, en el año 1099 tomaba para sí el trono de Tierra Santa que legítimamente correspondía a su estirpe, a pesar de que finalmente lo rechazara en favor de su hermano, quien un año más tarde subía al trono. Sus descendientes quedarían “reflejados” en unos documentos que siglos



Revista interna del Priorato.

más tarde serían hallados en un altar visigótico, en la pequeña localidad de Rennes-le-Château.

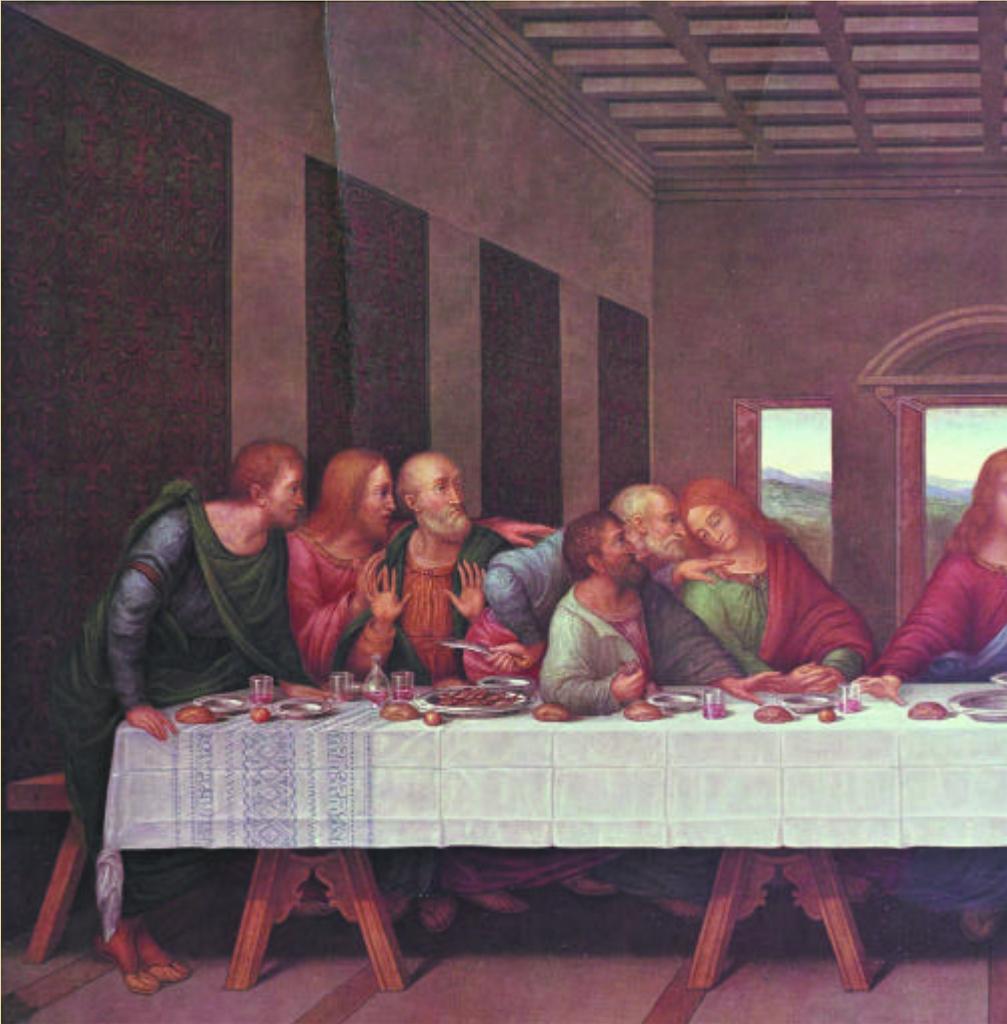
ANÁLISIS
DE
LA ÚLTIMA CENA

POR JOSÉ MANUEL GARCÍA BAUTISTA Y GUILLERMO LEÓN CANO



Estado en que se encuentra el original de “La Última Cena”.

ES REALMENTE COMPLICADO estudiar y analizar, dejando a un lado el punto de vista artístico, el cuadro “La Última Cena” de Leonardo da Vinci, genio de la Toscana y uno de los grandes maestros del Renacimiento. Con motivo de la aparición de la obra *El Código Da Vinci* de Dan Brown en el mercado literario, son muchos los que han visto despertar en sí un inusitado interés en esta castigada obra, pintada entre los años 1495 y 1497 en el refectorio del convento de Santa María delle Grazie, en Milán, por encargo del duque Ludovico Sforza; una obra que a decir de los entendidos en arte fue pintada con suma desmotivación por Leonardo, pero que tuvo un resultado cargado de simbolismo, expresividad y color, un trabajo maestro que debido a las pésimas condiciones de la pared –excesiva humedad– donde fue pintado, al paso y mal trato del tiempo, se ha visto sumamente degradada.



El cuadro presenta La Última Cena de Jesús con sus apóstoles. La escena crea controversia, pues unos afirman acaloradamente que es el preciso instante en el que Jesús comunica a sus seguidores que va a ser traicionado, y otros son de la corriente de opinión que afirma que realmente estamos en el momento en el que el maestro inicia el rito de la consagración eucarística. Pintado con esmero y queriendo continuar la



Judas Tadeo es con un 81% de fiabilidad el propio Leonardo.

complementarias, con una especie de colgante en su cuello. Comparado con cuadros como la figura femenina de la “Virgen de las Rocas” tendríamos el mismo corte de cara, peinado bipartito, actitud del gesto, suavidad de líneas y rasgos, cejas y orejas de pequeño tamaño, proporciones y comisuras labiales femeninas, y misma actitud sumisa. En nuestra opinión Leonardo representó “veladamente” la figura de una mujer, María Magdalena, en el cuadro, y la llamó Juan para no caer en el riesgo de la herejía.

Las sorpresas continúan en nuestra revisión del famoso cuadro y nos detenemos ahora en la disposición de los comensales-apóstoles, al igual que de Jesús, dentro del mismo. Aparecen situados en grupos de tres entablando gestos, miradas, “diálogos”, complicidad en un juego de distribución que armoniza su organización... Entre todo ello destaca una nuevo detalle entorno a dicha figura, ya que entre la misma y la de Jesús formarían una “M”, atendiendo a las líneas del contorno e imaginaria en la unión de sus cuerpos; la “M” de María o de Magdalena. No obstante existe en el cuadro una doble “M”: la primera ya la hemos comentado, pero la segunda sería la que formarían con sus cuerpos los apóstoles Felipe y Mateo –tercero y cuarto a la izquierda de Jesús tal y



como se mira la obra, o de izquierda a derecha— siendo esa segunda “M” la estructura central del conjunto izquierdo de la misma, finalizando o iniciándose en la espalda del autorretrato de Leonardo... un iniciado. Es un detalle muy curioso e importante ya que tendríamos dos “M” en “La Última Cena”; dos “M” de María Magdalena, seguras e inequívocas formando parte de la estructura organizativa del mismo.

Pero las curiosidades continúan y si observamos detenidamente la obra podremos ver cómo tenemos 13 personajes —doce apóstoles y el Nazareno—, siendo la figura central —13— la de Jesús. Si analizamos la mesa apreciaremos que únicamente hay doce vasos con vino; doce vasos con el atributo imaginario de la sangre de Cristo. No existe una copa o cáliz, sólo doce vasos con vino... Falta, evidentemente, uno de ellos portando dicho recipiente, o en su defecto un cáliz. El hecho es que, o bien corresponde esta carestía a Jesús, o bien a Juan —María Magdalena—, ¿debido a que oculta el secreto en su cuerpo? Tal vez; en este punto cobran sentido la actitud de Pedro, la sumisión y extraña feminidad de este personaje, la doble “M”, la copa o vaso que falta. Todo nos lleva al mismo punto...

El cuadro no aparece firmado por el artista de Vinci. En su lugar existe una firma metafórica: se trata de unos nudos en los extremos del mantel a la llamada “manera vincesa”, una curiosa forma de decir que la obra pertenece sin ningún género de dudas a Leonardo Da Vinci, genio de la Toscana .

No nos resistimos a comentar aquí una “anécdota-leyenda” que existe sobre



Juan, o según la analítica... ¿una mujer?

IGLESIA DE SANTA MARÍA MAGDALENA



Tumba de Bérengère Saunière

Asmodeo "guardián del tesoro"



Los ángeles



Terribilis est locus iste



SI HAY UN LUGAR que concentra todo el saber del cura de Rennes ese es su iglesia, consagrada a la Magdalena, y en cierto modo el testamento iniciático de un hombre muy singular. En la entrada al recinto nos encontramos con la célebre inscripción

igualmente se repiten en la página anterior, concretamente en la lápida de la dama de Blanchefort, y en el crucifijo que el sacerdote colocó en el patio contiguo a la iglesia.

¿Priorato de Sion? Quién sabe... Como podemos ver en la página XXI, la palabra “Sion” se repite múltiples veces dentro del citado pergamino, pero no sólo en éste; en el “manuscrito 2”, invirtiendo el sentido de la



firma de nuevo nos encontramos con la misma. Demasiada insistencia, ¿no les parece? Además, si seguimos analizando este segundo texto, intercaladas entre el resto de palabras, aparecen varias letras minúsculas. Si unimos éstas surge la frase *Rex Mundi* –“Rey del Mundo”–, ¿en referencia al legítimo heredero? En la página 23, la frase *Et in Arcadia Ego* es extraída, por un lado del cuadro de Poussin, y por otro de la ya citada lápida de la noble Marie de Negre, suponiendo, tal y como desvelamos en el capítulo 5, otro de los grandes enigmas de Rennes-le-Château. Además, en la comparativa de la escena del cuadro y la real, quedan patentes los lugares a los que Poussin quiso hacer referencia. Por último, el Grial, la copa crística contenedora de la sangre de



de Jesús, bien podría encerrar en su etimología el secreto de la Sangre Real, la familia del Nazareno; la dinastía, en suma, del Grial. No obstante, sigamos nuestro periplo, no sin echar un último vistazo a la Iglesia de Rennes...

EL LANGUEDOC

